

DIME, PAXARÍN PARLERU

Para don Lope

Maruxina salió de la aldea con las luces del alba, camino de las brañas altas. Su borriquillo caminaba con alegre y ligero paso, llevando cecina, chorizos, y otros alimentos escondidos en el fondo de la albarda.

Iba la niña feliz y animosa, a cumplir el encargo de avituallar a los maquis de su aldea que, como los lobos, hijos igualmente de su brava tierra asturiana, vivían ocultos en las cuevas de la montaña. Esa mañana no había peligro de que la siguieran, pues el día anterior el grueso de la guardia se había retirado a incursionar el valle vecino, dejando sólo un pequeño retén que no se movería del pueblo.

Llegada a un recodo del camino, cuando sólo los hombres ocultos podrían oírla, Maruxina dio la señal cantando:

*"Dime paxarín parleru
dime qué comes
como arenines del mar
del campu flores."*

Los hombres, que ya la habían oído, esperaron la siguiente estrofa, que les indicaría si podían o no bajar. De haber habido peligro, Maruxina hubiera cantado:

*"Tienes unos güeyos neña,
y unes pestañes
y una Ilingüina parlera
con que me engañes."*

Pero en lugar de esa estrofa, cantó la que daba la señal de campo libre:

*"Dicen que murió el raposo
quien lo dixerá
que asesinó les cabres
e las ovexas..."*

Entonces una decena de hombres salió de entre las peñas, fusil en mano, y bajaron ágiles como gatos salvajes hacia el camino. El primero en llegar, el más rápido, fue Pachín. Se sonrojó ante la niña y no le dijo nada, esperando a que llegara el de Murias, el jefe.

Entregó Maruxa la comida y unas letras escondidas en la saya, y dijo al jefe las novedades que le habían encargado comunicar, aunque la joven apenas si entendía su significado.

Sacó también un jersey y se lo entregó Pachín –Te lo he tejido yo– dijo bajando la mirada. Los hombres callaron y el de Murias dio la orden de marcha. Cuando ya subían de nuevo, Pachín se volvió hacia atrás saltando como un gamo, se llegó a Maruxa y le dijo: –Si tenemos que ir a Francia por los montes, ¿te vendrás conmigo?– La niña clavó en él sus profundos ojos azules y musitó apenas: –Sí. Ve a buscarme. Tírame piedras al ventanuco.

El corazón se le estalló a Pachín y le dio a Maruxa un tímido beso en la mejilla. Luego echó a correr y trepó ágilmente hasta alcanzar a sus compañeros. Antes de perderse de vista se volvió a agitar la mano.

Desaparecieron en la montaña que acogía a sus hijos, un día más.

es.humanidades.literatura
16 noviembre 2005